

147. El don de la enfermedad

¿Podemos descifrar los misterios de Dios?... No nos empeñemos, porque su luz nos deslumbra. Esto nos pasa con el misterio del dolor, en especial con la enfermedad. ¿Por qué el sufrimiento de una enfermedad, quizá incurable?...

Sin embargo, y por difícil que sea meterse en el misterio, desde el principio nos empeñamos en entenderlo, y el primer rayo de luz nos viene del libro inmortal *La Imitación de Cristo*, que nos dice: *Jesús vino primero, y llevó su cruz, y murió en la cruz por ti, para que tú también la lleves y desees morir en ella. Porque si mueres junto con El, vivirás también con El.*

Digamos antes que este mensaje lo dedicamos a nuestros queridos enfermos, a los enfermos de nuestra emisora —los vamos a llamar así—, porque son nuestros más asiduos y mejores radioyentes. Los queremos mucho, los llevamos muy dentro del corazón, y nos sentimos muy unidos a ellos en el Señor.

Empezamos por la palabra clave: *¡Jesús!* Si ponemos el nombre de Jesús lo primero de todo, nos vamos a entender muy bien. Si quitamos el nombre de Jesús, no sé a dónde vamos a acudir cuando queramos hablar de la enfermedad y de los enfermos.

Un joven teólogo —nos cuenta la historia él mismo—, es llamado con urgencia a la clínica de la Universidad.

- *¿Qué te ocurre?*, le pregunto al joven que, tendido en la cama, se debatía entre dolores agudísimos.

- *¿Qué quieres que me ocurra? Se equivocaron de inyección, y me aplicaron una que me lo ha empeorado todo. Una supuración craneal me produce unos dolores intolerables. ¿Sabes para qué te he llamado? Abre ese cajoncito del armario.*

Lo abrí, y me encontré con un revolver y el Nuevo Testamento.

- *¿Lo ves? Con uno de los dos he de triunfar, pero no sigo más así. O el Jesucristo de que me hablan el Evangelio y los Apóstoles, o un tiro en las sienas. Tengo que escoger.*

Afortunadamente —sigue contando el joven teólogo— el Jesús del Evangelio hizo su obra, y el muchacho, resignado y con una gran fuerza de carácter, unido siempre a Cristo en la cruz, soportó la enfermedad con valentía, sin que el revólver tuviera nada que hacer.

Jesucristo realizó muchos milagros durante la predicación del Evangelio. Se le partía el corazón ante el dolor de aquellos pobrecitos sin solución humana.

La medicina era tan rudimentaria, que no aportaba ningún remedio eficaz.

El Seguro de Enfermedad no existía ni en la imaginación más viva.

Y el enfermo, para colmo de desgracias, era considerado, en la mentalidad judía, como un maldito de Dios que vengaba así pecados anteriores, si no los del propio enfermo, que a lo mejor era un niño, sí los de los padres y antepasados, porque Dios se vengaba en los descendientes del pecador hasta la tercera o cuarta generación...

¿Qué hace Jesús? Ante todo, quita de la cabeza de los discípulos eso de que la enfermedad sea castigo de Dios. Al contrario, Dios la permite, misteriosamente, para que al fin resplandezca su gloria. Y comienza Jesús a derrochar bondades con todos los enfermos que se le ponen delante y acuden a El con fe.

Al parálítico: *Levántate, toma tu camilla, y vete a casa...*

Al leproso: *¿Qué si yo quiero limpiarte? ¡Quiero! Queda limpio de esa enfermedad horrible...*

Al ciego de nacimiento: *Vete a la piscina de Siloé, lávate en ella, y verás...*

Al centurión pagano: *¡Qué fe! Ni en Israel la he visto semejante. ¡Vete, que tu criado está curado!...*

A la mujer baldada: *¿Dieciocho años te ha sujetado así Satanás? ¡Queda libre de esa tu enfermedad!...*

Y así con todos. Los milagros no eran sino la manifestación de la bondad de su corazón. Curaba, porque amaba. Curaba, porque quería felices a todos.

Jesucristo, que tomó sobre Sí nuestros dolores, anunciaba con esas curaciones — como otras tantas profecías— que el dolor y la enfermedad desaparecerán un día y para siempre.

Esos males entraron en el mundo como una consecuencia del pecado del paraíso, tramado e instigado todo por Satanás, y Jesús venía a eliminar el pecado y a hacer desaparecer todas sus malas consecuencias. Tardará, pero al fin la victoria de Jesucristo será total y definitiva.

El apóstol San Pablo ve este triunfo final nuestro en la resurrección de Jesucristo, y nos anuncia jubilosamente: *El Señor Jesús transformará nuestro cuerpo, ahora tan miserable, configurándolo con el suyo glorioso* (Filipenses 3,21). Entonces, desaparecerá toda enfermedad para siempre.

Con todo, muchos podrán replicar: *Sí, esto ya lo sabemos. Pero, mientras tanto, ¿qué hacemos?* Es natural una objeción como ésta. Y la respuesta más clara, más brillante, más esplendorosa, nos la ha dado Dios en la Cruz de su Hijo Jesucristo. ¿Alguien más inocente que Él? ¿Y por qué sufre así?...

La mirada al Crucifijo es la fuente de donde ha manado y sigue brotando la resignación heroica de los enfermos. Todo enfermo —como el muchacho de la clínica universitaria— tiene dos soluciones: o la desesperación o el Jesús del Evangelio, y opta por la resignación y el besar con amor la mano de Dios.

El célebre Arzobispo y Cardenal belga Mercier vio cómo su vida brillante se consumía en la enfermedad. Y decía: *Desde que me he visto enfermo, he creído que no debo pedir mi curación. Sólo pido a Dios una cosa: que Él saque de mi pobre persona toda la gloria que pueda y a cualquier precio que sea.*

Esta es la voz de la fe, ante la que desaparece el misterio... Los enfermos son unas personas de valer extraordinarias. ¡La gloria que dan a Dios, y el bien que hacen a la Iglesia!...